

MUJERES Y DIOSAS EN LA GRECIA ANTIGUA

Ildelfonso Robledo Casanova

Licenciado en Derecho y diplomado en Historia por la U.N.E.D. y por el Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía, de la Universidad de Murcia

RESUMEN

Tras analizar el papel que las mujeres aristocráticas juegan en los poemas homéricos y acercarnos a las singularidades que presentan algunas de las diosas que poblaban el universo mitológico griego así como ciertas mujeres singulares (las amazonas), ofrecemos un estudio que profundiza en la vida cotidiana de las mujeres en la Grecia Clásica, haciendo especial incidencia en la sociedad ateniense y profundizando en las singularidades de tipo jurídico, social y económico que se nos manifiestan al profundizar en los textos antiguos.

Palabras clave: Afrodita, amazonas, Andrómaca, Artemis, Atenas, Atenea, Briseida, Grecia Clásica, Hécuba, Helena de Troya, Ilíada, Pandora.

RÉSUMÉ

Après avoir analysé le rôle que les femmes aristocratiques jouent dans les poèmes homériques et approché les singularités présentées par certaines des déesses qui peuplaient l'univers mythologique grec ainsi que certaines femmes uniques (les Amazones), nous proposons une étude qui plonge dans la vie quotidienne de les femmes en Grèce classique, avec un accent particulier sur la société athénienne et l'approfondissement des singularités de nature juridique, sociale et économique qui se manifestent dans l'approfondissement des textes anciens.

Mots-clés: Aphrodite, Amazones, Andromaque, Artémis, Athènes, Athéna, Briséis, Grèce classique, Hécube, Hélène de Troie, Iliade, Pandore.

A modo de una primera aproximación acerca de cómo vivían las mujeres en la antigua Grecia podemos utilizar los textos que Homero nos dejó acerca de estas cuestiones, si bien hemos de destacar que su Ilíada, la obra que manejaremos, es esencialmente un relato de combates entre héroes y hombres, de modo que solo en contadas ocasiones vamos a

encontrar noticias acerca de lo que podríamos llamar vida cotidiana o vida en tiempos de paz. Cuando eso sucede, apreciamos que en el poema se pueden distinguir dos tipos de mujeres. De un lado, las que aparecen como madres, esposas o hijas de los héroes, que se manifiestan como mujeres de la aristocracia que actúan o bien como reinas o como matronas de las élites. De otro lado, encontramos mujeres que están sometidas a esclavitud por parte de hombres que han vencido en episodios bélicos. Es decir, son mujeres también pertenecientes a la aristocracia pero que han caído en desgracia y están sometidas a todo tipo de vejámenes. Acerca de la vida de las mujeres sencillas del pueblo no hay menciones suficientes en el texto homérico. Podríamos decir que pasan desapercibidas en la obra. Debemos tener conciencia, en todo caso, de que a través de la Ilíada estamos accediendo a unas referencias históricas que nos remiten sobre todo a la segunda parte de la Edad Oscura de Grecia (siglos X y IX a.C.). Estamos ante una sociedad prejurídica en la que lo usual es que las mujeres se puedan clasificar en dos grupos. O bien son las esposas legítimas de un hombre (caso de Andrómaca y Héctor, por ejemplo), o estamos ante un caso de servidumbre o concubinato (como podría ejemplificar la relación entre Briseida y Aquiles).

MUJERES ARISTOCRÁTICAS EN LA ILÍADA

En la Ilíada, en suma, nos vamos a encontrar con mujeres de la élite, con aristócratas. Son mujeres que se dedicarán esencialmente a la organización de las tareas domésticas, como hilar la lana, tejer telas, dirección de siervas y esclavas, cuidado de actos sociales, acogida de huéspedes y en general velar por la familia y sus bienes. Es sabido que los hombres pasaban largos espacios de tiempo fuera de las casas, debido a las guerras, y que, en ausencia de estos, las mujeres asumían plenamente la dirección del hogar. Se trata de una sociedad de tipo patriarcal y aristocrática en la que los varones tenían la exclusividad de las tareas que ellos consideraban nobles, como las actividades políticas y la participación en la guerra. Son hombres que buscan la gloria a través de la realización de sus hazañas. Debemos destacar, en todo caso, que en la obra de Homero se aprecia

que los varones actúan con más respeto y ternura hacia sus mujeres que como habrá de ser usual en momentos posteriores de la historia de Grecia.

En este estudio vamos a centrarnos, en este primer momento, en analizar las singularidades de tres mujeres que impregnan el contenido de la *Ilíada*. Nos referimos a Helena, Andrómaca y Hécuba. Más adelante tendremos ocasión de hablar de otras que como Briseida estaban sometidas a servidumbre por parte de sus señores aqueos.

Helena o el amor ilegítimo

Helena se nos manifiesta como una mujer de gran belleza, fruto de la unión de Zeus con Leda. Era la esposa legítima de Menelao, rey de Esparta y se sabe que resultó afectada por lo que se conoce como Juicio de Paris. En este episodio mítico la diosa Discordia ofreció una manzana que habría de ser asignada a la más hermosa de las diosas. Hera, Atenea y Afrodita anhelaban ser reconocidas y la tercera de ellas ofreció a Paris, si la elegía, el amor de la mujer más bella del mundo. Paris la eligió y fue así como, por designio de Afrodita, surgió el amor entre él y la reina de Esparta. En Helena, que ha sido un personaje tan ensalzado como vilipendiado, se aprecian rasgos claramente contradictorios. De un lado, era tan bella como una diosa, pero, de otro, se convirtió para siempre, a través de su amor ilícito con Paris, en el prototipo de la mujer adúltera. Para nosotros reviste especial interés el hecho de que en el fondo esta mujer no fue sino un mero instrumento con el que jugaron los designios divinos. En el canto VI de la *Ilíada* Helena ya predijo, en palabras dirigidas a Héctor, que sobre ella y su amante habría de pesar para siempre el designio de Zeus de que habría de tornarse en materia de canto para los hombres futuros. La desgracia que causó a los troyanos habría de ser cantada durante los siglos, como de hecho ha sucedido. ¿Tuvo ella sentimiento de culpabilidad? Es difícil saberlo. En todo caso Helena consintió su rapto, y por tanto es culpable, pero quizás no tenga, en el fondo, responsabilidad alguna, que tendría que recaer sobre los dioses que motivaron su historia.

En el canto III los ancianos compañeros de Príamo reconocen que es tan bella como una diosa pero que lo mejor para Troya sería que regresará con los aqueos, ya que en otro caso habrá de ser una futura calamidad para ellos y sus hijos. Príamo, no obstante, es consciente en este pasaje de que la culpa no es del todo de ella, sino de los propios dioses. Ella sola no habría hecho nada. Todo habría surgido del engaño de las divinidades y de Paris. En todo caso, creo que la figura de Helena se nos brinda como un claro ejemplo de las malas consecuencias que trae la

relación amorosa ilícita. Deberían los hombres buscar el amor legítimo y dejar atrás las posibles consecuencias negativas de los amores con mujeres que pertenecen a otros hombres.

Andrómaca o el amor de la esposa

Al contrario de Helena, Andrómaca representa el amor legítimo entre los esposos, en este caso ella y Héctor. En el canto VI esta mujer se manifiesta como el símbolo de una esposa que tiene miedo ante la posibilidad de que su esposo muera en el combate. En el canto XXII, más avanzada la obra, ya llorará por la muerte producida a su esposo y por el fin que les espera a ella y a su hijo, en tanto que en el canto XXIV, ante el cadáver de Héctor, vaticinará nuevamente ese destino que les aguarda. Ante sus duras palabras todas las mujeres presentes lloraran desconsoladas. De Andrómaca llamaríamos la atención acerca de cómo situados en las murallas de Troya están hablando Héctor y ella, y como la mujer incluso le brinda consejos ante su pequeño hijo, y es que el héroe es para Andrómaca (canto VI) no solo su señor, sino su padre, su madre y su hermano (es decir, todo), además de su floreciente compañero de lecho. Héctor también sufre por su destino. No teme a la muerte sino a lo que sucederá con su esposa y su hijo si él es vencido y muere. Si eso sucede, con el triunfo de los aqueos, a Andrómaca se la llevarán esclava.

Hécuba o el amor de la madre

Hécuba, finalmente, en cuanto esposa de Príamo y madre de Héctor representa el amor conyugal y el amor de la madre a sus hijos. En el canto VI vemos una de las funciones de tipo religioso que desempeñaban las mujeres de las élites. En efecto, Héctor pide a su madre que haga sacrificios en el templo de Atenea, con un grupo de matronas, para que la diosa tenga piedad de Troya. Más adelante, en el canto XXII manifiesta el gran temor que tiene a perder a su hijo (le pide que regrese a la seguridad de las murallas de la ciudad) y en el canto XXIV (muerto ya Héctor) intentará convencer, sin éxito, a su esposo Príamo (rey de Troya) para que no acuda en la noche al campamento de los griegos para rogar que le entreguen el cuerpo de su hijo. En estos tiempos antiguos parece deducirse el lazo intenso que había entre madres e hijos, y el dolor e incertidumbre de estas cuando los veían partir para la guerra. Estos hijos, cuando alcanzan la madurez, manifiestan un gran respeto por sus madres. Será en el canto XXII, cuando Hécuba contemple la muerte de su hijo a manos de Aquiles, cuando veremos cómo esta mujer inicia los ritos de

lamento, arrojando su velo, mesándose los cabellos y gritando. Tiene miedo ahora, ya muerto su hijo, de que ni siquiera pueda tener acceso a unos funerales dignos que todo héroe debería tener.

Briseida, la concubina de Aquiles

Briseida es el prototipo de una mujer aristocrática que ha pasado a ser esclava y concubina de uno de los enemigos de su pueblo, en este caso Aquiles. Se trata de un episodio que tiene lugar antes de que Troya caiga en manos de los aqueos. Tras la conquista de la ciudad otras muchas mujeres seguirán su suerte: Hécula (esposa del rey Príamo), Andrómaca (esposa de Héctor), Casandra (hija de Príamo), etc. Llama la atención la actitud diversa que estas mujeres presentan ante sus amos. A veces, vemos que adoptan actitudes sumisas e incluso amorosas, en tanto que en otras ocasiones el sentimiento es de claro rechazo y rebeldía. Aquellas que como Briseida fueron atrapadas antes de la caída de Troya, vivirán su cautiverio en el campamento griego, mientras se está desarrollando la guerra contra la ciudad.

Encontramos un antecedente de esta historia en Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo en la ciudad de Crisa. Esta mujer, que es prima de Briseida, fue capturada y hecha esclava por Agamenón. Crises, entonces, pedirá ayuda a Apolo, que diezmará las filas del ejército griego en su deseo de que Criseida sea devuelta a su padre. Al fin, Agamenón la devolverá, pero exigirá a Aquiles que le entregue a Briseida. Son dos mujeres unidas por unas circunstancias comunes.

Briseida, por su parte, era hija de Briseo, sacerdote o rey de Limeso (Canto II) y fue entregada a Aquiles como botín de guerra. Este la hará su concubina en lo que no será sino un símbolo de los deshumanizadores efectos de la guerra: la mujer como mero objeto de posesión, como mero objeto de prestigio codiciado por los vencedores. Cuando Agamenón se la devuelva a Aquiles (tras el episodio de la cólera del héroe) jurará que ni siquiera la ha tratado sexualmente. Entonces, de nuevo, la mujer volverá a ser compañera de lecho de Aquiles. Así en el Canto XXIV se dice: "Y a su lado (de Aquiles) descansó Briseida, la de hermosas mejillas..."

El amor de Briseida y Aquiles

En el Canto I se dice que cuando los heraldos de Agamenón se llevaron a Briseida, ella iba de mala gana. En el Canto II, por su parte, vemos que, ante el cadáver de Patroclo, ella se está lamentando. Tras haber visto morir a su esposo y a sus tres herma-

nos pensaba (se lo había prometido Patroclo) que llegaría a ser la esposa legítima de Aquiles. El héroe, por su parte, en ese canto, cuando ve que se llevan a la mujer romperá a llorar. Su corazón está irritado por su pérdida. Y es que Aquiles, se nos dice, como los hombres buenos y sensatos, quería y cuidaba de Briseida, a la que apreciaba cordialmente, aunque la hubiera adquirido por medio de la lanza. En fin, a modo de síntesis, Briseida, en la *Ilíada*, sería un ejemplo de mujer cautiva que acepta su situación y que considera al hombre, de algún modo, como su nuevo esposo. Es todo lo contrario de Casandra o Andrómaca, que tienen que soportar su estado por la fuerza que ejercen sus amos, pero que lo rechazan de corazón. En este sentido, Aquiles sería un ejemplo de hombre que trata con respecto y afecto a su esclava. Todo lo contrario de Ayante Oileo, que violará brutalmente a Casandra, o Neoptólemo, que será el verdugo de Polixena.

Mucho tiempo después el latino Ovidio, en sus *Heroidas*, habría de presentarnos un poema amoroso ficticio en el que Briseida, mientras lo escribe está llorando de amor. Ni siquiera pudo despedirse de Aquiles cuando Agamenón hizo que se la llevaran y la mujer le dice al héroe que quisiera seguir a su lado como prisionera. No se atreve a sugerir un posible matrimonio. Le basta el amor. No aspira a ser su esposa sino su esclava. De no ser así, Briseida preferiría morir: "buscaré a mis hermanos y a mi marido (muertos por Aquiles)..."

LAS DIOSAS DEL OLIMPO GRIEGO

Analizado el papel que las mujeres aristocráticas jugaban en los textos homéricos pensamos que puede resultar de interés ahora profundizar en las singularidades que presentan algunas de las diosas que poblaban el universo mitológico griego. Veamos, en primer lugar, como veían aquellos hombres a la diosa Afrodita, que en los Himnos Homéricos se nos presenta como aquella que despierta en los dioses, hombres y animales el dulce deseo del amor.

La diosa, según una de las versiones del mito que enfatiza en su aspecto menos material, habría nacido de la espuma del mar. Parece que en un primer momento habría residido en la isla de Citera, para pasar luego a Grecia, con especial incidencia en Pafos (Chipre), en donde habría estado uno de sus templos más importantes. Los antiguos griegos pensaban que en ese lugar las Estaciones, hijas de Temis, se habrían ocupado de vestir y adornar a la diosa. Pensaban también, no todos, que podría haber nacido de la espuma que se formó cuando los órganos genitales de Urano fueron arrojados al mar por Cronos.

De los Himnos Homéricos podemos destacar dos aspectos: En primer lugar, apreciamos que los griegos pensaban que había tres diosas en las que Afrodita no podía influir en cuestiones amorosas: Atenea, Ártemis y Hestia. Ninguna otra divinidad ni ser mortal (hombre o animal) podía sustraerse a esa pasión que la diosa sabe infundir. En segundo lugar, se describe con abundantes detalles el episodio de Anquises (el hombre que era tan bello como un dios), por el que Afrodita se apasionará llegando a transformarse en mujer para poder ser poseída por él. De esa pasión nacerá Eneas, en quien se encuentra el germen de la propia Roma.

En la visión griega de Afrodita encontramos un claro dualismo. De un lado, se manifiesta su aspecto gentil. Es, por ejemplo, la diosa que protege el amor entre los esposos, que favorece la fecundidad y que preside los nacimientos. En este aspecto debe también mencionarse su función fecundadora en los animales y en general en la naturaleza (los campos). De otro lado, sin embargo, apreciamos un componente terrible, ya que Afrodita favorece las pasiones desenfadadas, los adulterios y la voluptuosidad. Parece que en época romana este segundo aspecto se potenció.

Los griegos solían representarla desnuda o semi-desnuda, en poses voluptuosas, envuelta en un fino velo que se ceñía a sus formas. Sobre su origen, pensaban algunos que habría surgido de las espumas marinas. Otro mito, sin embargo, afirmaba que era hija del gran Zeus y de Dione. En todo caso, pensaban aquellas gentes que era la esposa de Hefesto, al que engañaba con frecuencia. De su amor apasionado por Ares, por ejemplo, nacerán hijos como Eros y Anteros, y se sabe que tuvo también relaciones sexuales con Dionisios, Poseidón, Adonis... Afrodita era una diosa muy popular entre las mujeres y simbolizaba un poder (el de seducción) que era esencialmente femenino. Las reinas de tiempos helenísticos (siglos III – I a.C.) deseaban asociarse a la diosa en la medida en que su función reproductora de futuros reyes era algo que se consideraba muy benéfico para la sociedad. Se pensaba entonces que el amor del rey y de la reina garantizaban el orden sucesorio y la prosperidad de las gentes.

La diosa participó en diversos episodios míticos que fueron conocidos por los antiguos griegos. Ya citamos antes su participación en el Juicio de Paris. Fue ella, precisamente, la que recibió la famosa manzana de oro, a la más bella, lo que supuso un claro agravio para sus competidoras, Atenea y Hera. Afrodita recompensó a Paris haciendo que surgiera en él una profunda atracción por Helena, que al ser correspondida sería la causa de la guerra de Troya. Otro mito que podemos citar es el de Helio, dios del Sol y de la luz, que guiaba a Zeus en su viaje por el Cielo. Este dios lo veía todo y de todo informaba a los dioses

del Olimpo. Así, advirtió a Hefesto de que su esposa Afrodita lo estaba engañando con Ares. Podemos, finalmente, citar el mito de Hermafrodito, un joven muy bello que había nacido de la unión de Hermes y Afrodita. Debido a su belleza excepcional, se enamoró de él una Ninfa. Los amantes unieron sus cuerpos y ella pidió a los dioses que los dejaran unidos para siempre y fue así como los dos pasaron a formar una única persona de doble naturaleza. En este sentido, es sabido que Platón, en su obra *El banquete*, sostiene que en el origen los hombres tenían dos naturalezas (masculina y femenina) y que posteriormente los dioses, que tenían su poder, las dividieron en dos, creado así a hombres y mujeres diferenciados.

En honor de esta diosa se celebraban las Afrodiasias, unos festivales de carácter anual que alcanzaron gran relevancia en Chipre (se celebraban en nuestros meses de junio y julio; antiguo Hekatombaion) en honor a Afrodita Pandemos (la Afrodita de todo el pueblo). En estos festivales se sacrificaban palomas (símbolo de la diosa), se procesionaba su estatua, se hacía la purificación de la misma, se ofrecían ofrendas... No debemos olvidar, en este aspecto de los ritos, que en la acrópolis de Corinto se sabe que los fieles mantenían relaciones sexuales con las sacerdotisas (eran más de mil en ese santuario), que ejercían una especie de prostitución sagrada. A estas mujeres se las conocía como hieródulas, es decir, las Siervas Sagradas. Hemos de entender que mantener esas relaciones sexuales suponía un modo de adoración a la diosa. Antecedentes de todo esto existen en Babilonia, Siria y Palestina. Pensemos, a fin de cuentas, que se sabe que Afrodita era la patrona o protectora de las heteras y de las cortesanas.

Una diosa astuta: Atenea

En el caso de Atenea apreciamos, ante todo, una notable dualidad. De un lado, se manifiesta como diosa civilizadora, de otro, como diosa de la guerra. Quizás la conjunción de esas dos manifestaciones habría que hacerla a través de un rasgo muy distintivo de esta diosa: su astucia. Sabemos que, al igual que Odiseo, la diosa es perita en astucias y que esa será la causa de que en sus enfrentamientos con Ares siempre salga victoriosa.

Como diosa civilizadora destaca el ofrecimiento del olivo a los griegos y la enseñanza del arte de tejer a las mujeres. ¿Como es posible que esta diosa civilizadora sea la que tutele las guerras?. Pensamos que es posible que gracias a su astucia Atenea intentase de algún modo civilizar las guerras, haciendo que no fuesen los puros actos de salvajismo que son propios de Ares, sino que estas sean reguladas por normas y rituales.

Atenea, diosa esencialmente astuta, sabe que si desea mantener su independencia (y aplicarla a la postre a preservar los valores establecidos en una sociedad en la que en todo mandan los hombres) debe de mantenerse virgen. No puede distraerse con la vida matrimonial o sexual, ya que ella intenta ser independiente. Nos llama la atención ese deseo de evitar vínculos matrimoniales y que cuando llegue a ser madre lo sea sin haber perdido su virginidad. Nos referimos al suceso del acoso que sufrió por parte de Hefesto y del nacimiento posterior de Erictonio.

Una diosa salvaje: Artemis

En el caso de Ártemis encontramos que lo más distintivo de ella es su salvajismo. Es una diosa que se aleja en todo de lo que sería la civilización y cuyo reino son los bosques y las montañas donde con su arco y sus flechas es el azote de las bestias. Su figura tiene rasgos que la vincularían quizás con sociedades prehistóricas, si bien la singularidad griega (bien conocida en el caso de Esparta) es que ese salvajismo estaría vinculado con la etapa de formación e iniciación de los jóvenes.

Al igual que Atenea, es una diosa que quiere vivir en castidad, y ello a pesar de que según Homero era una divinidad de intensa belleza, por la que todos sentían atracción. El caso del desafortunado Acteón, que vio desnuda a la diosa y que sufrió a consecuencia de ello una muerte brutal es bien conocido. Ese salvajismo de la diosa la vincula, según parece, con otros tiempos más antiguos en que podrían haber existido sacrificios humanos. Incluso en los prolegómenos de la guerra de Troya sabemos que exigió al propio rey Agamenón el sacrificio de su hija Ifigenia. Estaríamos, en suma, ante otra diosa que pretende también conservar el orden establecido, si bien en este caso su atributo esencial es su salvajismo. Nada hay de civilizador en ella.

LOS GRIEGOS Y LAS AMAZONAS

En este estudio acerca de la situación de la mujer en Grecia puede resultar interesante acercarnos a la visión que los griegos, sobre todo en los tiempos más antiguos, tenían acerca de unas mujeres cuya naturaleza se manifestaba muy especial: las Amazonas. Podemos afirmar que, de un lado, las veían como mujeres míticas. De otro, como mujeres reales, aunque sorprendentes. Y es que, pensamos, algún fondo de realidad hubo de existir para que se terminara creando el mito. Algo de verdad hubo de haber en todo ello. Con el paso del tiempo, en momentos más avanzados de la historia de Grecia, es de pensar que el componente puramente mítico terminaría por prevalecer sobre ese inicial componente de realidad.

Los helenos, sobre todo los atenienses y menos los espartanos, pensaban que en las Amazonas se aglutinaban todos aquellos caracteres que ellos rechazaban para sus mujeres. Las Amazonas hacían todo aquello que las mujeres griegas no debían hacer, ya que el modo en que actuaban estas mujeres guerreras no era propio de la naturaleza femenina. Las mujeres griegas tenían asumida cuál era su función en la sociedad, que no era precisamente la de enfrentarse con violencia a otras gentes. Sin embargo, de algún modo, pensamos que existe, al menos en la literatura, una excepción. Estamos pensando en las Bacantes, las seguidoras del dios Dionisios, que de modo tan tremendo nos presentó Eurípides. Estas mujeres (que tampoco se adaptaban a lo que era usual en las mujeres griegas) no dudaban en cometer los mayores desmanes una vez que poseídas por el vino entraban en lucha con aquellos hombres que no admitían al dios. De algún modo, las bacantes y las Amazonas serían dos singularidades dentro del universo usual de la mujer en la antigua Grecia.

Heródoto, que no era un poeta al modo de Homero sino un historiador, sostenía que las Amazonas procedían de los pueblos escitas. Y los antiguos griegos hubieron de creerlo. Heródoto no dudó en describir sus costumbres. Otros autores como Apolodoro de Atenas o Quinto de Esmirna también se ocuparon de ellas. En el segundo caso, con un claro componente mítico/poético: la participación de las Amazonas en la guerra de Troya.

Pero ¿fueron una pura invención?. Es posible que no. Por estudios realizados por Fernando Quesada y Gema Negrillo sabemos que existen yacimientos al oriente de Europa, vinculados con los antiguos pueblos escitas y saurómatas (antecedente de los sármatas) en los que se ha documentado arqueológicamente la existencia de armas en tumbas de mujeres. Se trata, sobre todo, de lanzas y puntas de flecha. Esos contextos funerarios femeninos nos están indicando que esas mujeres pudieron adiestrarse para la defensa de sus hogares, en tiempos en que sus esposos estaban lejos, luchando. O, incluso, participar en la guerra cabalgando sobre caballos y lanzando flechas a los enemigos. Es decir, se plantea la hipótesis de mujeres que desde lugares protegidos o montadas a caballo participaban en las batallas, al modo de fuerzas auxiliares de las tropas en las que se integraban sus esposos.

Pensemos por un momento en un hombre griego que llegara a un poblado en el que los hombres han partido para la guerra y que contemple a unas mujeres que portan armas y que saben cabalgar (algo documentado por la arqueología en las tumbas de mujeres jóvenes que acusan deformaciones en sus piernas, propias de jinetes). ¿Qué pensaría nuestro hombre? Es posible que pensara que estaba ante un

poblado de amazonas. Quizás, a través de ese tipo de noticias, terminó surgiendo el mito, en el que se integrarían, como es usual, añadidos de tipo poético.

En todo caso, para los griegos las amazonas eran un enemigo. En las metopas del Partenón se las ve luchando con los atenienses. Una vez que fueron aniquiladas por estos, Atenas habría quedado bajo el dominio varonil, protegida, eso sí, por la diosa Atenea.

Las amazonas y la guerra

En el mito, las amazonas serían hijas de Ares, el dios de la guerra violenta y sin normas. Para facilitar el manejo del arco no dudaban en amputarse un pecho (algo esencialmente antifemenino) y gustaban de participar en la guerra y en la cacería. El hombre griego, que en su mentalidad patriarcal no llegará a comprender a estas mujeres tan inusuales hará que sean siempre vencidas, a pesar de su valor y conocimientos militares, por héroes masculinos como Aquiles, Teseo, Heracles, etc. En las fuentes iconográficas se aprecia ese componente belicoso. A través de ellas podemos ver como las pensaban los griegos. Y se deduce que aparecen usualmente como escitas o persas, por sus ropas de aspecto oriental y su destreza en el manejo del arco. Llama la atención que no se las representa con el pecho amputado, quizás para idealizar su visión y hacerla algo más femenina. En todo caso, estas mujeres no pierden sensualidad ni atractivo. Se las ve bellas, aun cuando musculosas. No tienen el aspecto tan grácil de una mujer griega joven. Son, usualmente, mujeres fuertes, con el cuerpo endurecido por el ejercicio.

Alejándonos algo del tema que nos ocupa no podemos sin embargo sino hacer dos reflexiones. De un lado, de siempre nos ha atraído una visión poética que nos brinda Quinto de Esmirna en la que vemos como Aquiles hubiera querido desposar a Pentesilea, la reina de las amazonas, con la que se está enfrentando en combate y a la que tendrá que quitar la vida. Terribles sensaciones, sin duda, las del héroe que se ha enamorado de una enemiga tan despiadada. En segundo lugar, nos llama también la atención una actuación poco usual de la mujeres griegas. Nos referimos ahora a Tisífone, troyana enardecida, que llamará a las mujeres a actuar como las amazonas y participar en el combate, en defensa de sus familias y de ellas mismas. Frente a Tisífone se alzarán la voz de Téano, que representará la voz de la sensatez y de la prudencia, haciendo saber a las mujeres que las amazonas están entrenadas duramente para pelear y matar, y exigirá a las troyanas que se alejen del combate y que regresen a sus casas, al manejo de los telares (actividad más propia de las mujeres). Serán sus esposos los que habrán de pelear. El episodio

culminará con unas mujeres troyanas que no luchan, como debe ser, y con unas amazonas que serán masacradas por los hombres del ejército heleno.

HESÍODO Y EL ORIGEN DE LA MUJER

Tras analizar todas estas noticias acerca de las mujeres y las divinidades femeninas en el mundo griego antiguo (ideas plasmadas en la *Ilíada* sobre la mujer, así como las creencias que existían acerca de las más importantes diosas olímpicas y sobre un tipo especial de mujeres, las amazonas), vamos a ocuparnos ahora de profundizar en las creencias que Hesíodo nos transmitió en dos de sus obras, la *Teogonía* y *Los trabajos y los días*, acerca del origen mítico de la mujer. En la segunda de estas obras el autor nos dice que Zeus había decidido esconder el sustento de los hombres ya que estaba molesto con Prometeo por la cuestión del robo del fuego que este había cometido. Para ello, decidió crear a la mujer, que habría de traer los males a los hombres, quienes, sin ser conscientes de ello, “acariciarán su propia desgracia”. Con ese fin encargó a Hefesto que fabricase una linda figura de doncella, cuya cara sería a imagen de las diosas. Sería Atenea la que le enseñaría las labores del hogar, en tanto que de Afrodita recibiría la gracia y la sensualidad, y de Hermes, una mente cínica y un carácter voluble. Surgió así la primera mujer, Pandora, que habrá de causar la perdición de los hombres, ya que picada por la curiosidad no dudará en quitar la tapa de una jarra que servía de prisión para los males y de almacén de la esperanza. Al abrirla, saldrán al mundo los males, que se diseminaron produciendo el sufrimiento y la inquietud en los hombres, que hasta ese momento habían vivido felices.

En la *Teogonía* las mujeres se nos manifiestan como una calamidad para los mortales, ocupándose en general de tareas perniciosas. En ese sentido, el hombre que se une a una desvergonzada vivirá sin cesar con angustia y su mal no tendrá cura. Algo de esperanza concede Hesíodo a los hombres cuando sostiene que, si se unen a mujeres sensatas y recatadas, los esposos podrán ver como los males y los bienes se equiparan.

Parece que Hesíodo usó un relato que ya era conocido en su tiempo y que acusa influencias orientales, y que luego él habría sistematizado y reelaborado. El sentido último del mito sería decir que los hombres, que antes no siempre habían vivido sumidos en la miseria, estaban viendo ahora, tras la creación de la mujer, que su estado de felicidad, al escaparse los males de la vasija que abrió Pandora, se esfumaba también. El mito se manifiesta claramente como algo propio de sociedades de tipo patriarcal en

las que la mujer no estaba demasiado considerada y ocupaba tareas sin duda secundarias con respecto al hombre. Todo se justificaba en que la culpa de los males era, sencillamente, de ellas.

Manuel Sánchez Ortiz de Landaluze nos brinda unas interesantes reflexiones acerca de algo que también contenía la vasija que abrió Pandora: la Esperanza. Se nos dice que es posible pensar que en el fondo habría en el relato de Hesíodo una cierta invitación al optimismo, y es que en el mundo hay males y alegrías (bienes) y si el hombre actúa de un modo recto tendría la esperanza de que esos bienes prevalecieran sobre los males. Quizás habría que pensar en esas mujeres sensatas y recatadas, a través de las cuales los bienes y los males se podrían, al menos, equiparar. En suma, podríamos decir que el mal causado por Pandora puede ser solucionado por el hombre (esperanza) si este se aplica al trabajo y a la idea de justicia y rehúye a las mujeres desvergonzadas.

En todo caso, lo que está claro, al menos en una primera lectura, es que en las sociedades patriarcales antiguas la mujer no era sino una especie de mal soportable. Había que tenerlas relegadas a actividades secundarias (el hogar) y de algún modo mantenerlas adecuadamente sujetas. Una visión claramente negativa de la mujer que ha estado vigente hasta tiempos demasiado recientes, por desgracia. En este sentido, nos llama la atención la diferencia de vida de las antiguas mujeres egipcias, de las que tenemos constancia de que poseían derechos y libertades impensables en las griegas (a modo de ejemplos, podían concertar contratos o comparecer por sí mismas en juicios).

LAS MUJERES EN LA GRECIA CLÁSICA

Para este estudio nos vamos a centrar en la mujer hija de ciudadanos, acerca de la cual existe más información. Ante todo, debemos comentar que las niñas de estas familias, hasta que cumplían los siete años, compartían espacios, juegos y educación con los niños. Era a partir de esa edad cuando los niños iniciaban el proceso que culminaría con la obtención del estado de ciudadano (con acceso a la vida política y bélica), en tanto que todo eso estaba vedado a las niñas, cuyo fin en la vida era simplemente conseguir ser buenas esposas y madres y que nunca ejercían tareas como ciudadanas.

En torno a los quince años se producía un pacto entre el padre de la joven y el que habría de ser su esposo (ante la pasividad de la madre y de la interesada). A cambio de una dote, si había acuerdo, la joven se trasladaba al domicilio de los padres del no-

vio. De algún modo, el padre de la novia había conseguido librarse de ella. Parece que usualmente se establecía una dote que giraba en torno a los tres talentos. En caso de divorcio, el asunto era sencillo para el esposo, pero no así para la esposa, que necesitaba actuar a través de un representante, ya que no tenía capacidad. Un inconveniente (para los hombres) en caso de divorcio es que tenían que devolver la dote al padre de la que había sido hasta entonces su esposa. Llama la atención en esta sociedad patriarcal que el adulterio estaba consentido en el hombre, pero no en la mujer, siendo éste una causa de divorcio obligatorio.

El fin del matrimonio (y el fin de la mujer, realmente) era tener hijos y brindar esos hijos, mejor si eran varones, al esposo. Debemos dejar mención expresa de que la mujer, en cuanto madre, era un elemento necesario para la perpetuación de esa sociedad patriarcal en la que vivía y que la tenía marginada a las tareas del hogar. Si actuaba con prudencia sus hijos llegarían a ser ciudadanos, algo que estaba vetado para ella y sus hijas.

Los pensamientos de los filósofos y pensadores sobre estas cuestiones no dejan de inquietarnos. Aristóteles no dudaba en sostener que las virtudes como la prudencia, la fortaleza o la justicia eran claramente distintas en hombres y mujeres. Sófocles sostenía que la mujer debía obedecer siempre a su padre o a su esposo, aunque la orden le causara dolor. Demóstenes afirmaba que si un esposo mataba a quien había cometido adulterio con su esposa no debía ser castigado. Y lo mismo sostiene Lisias. Las palabras de Eurípides son de una claridad meridiana: la mujer compra al marido con una dote y con ello consigue que un extraño pase a ser realmente su dueño. En fin, la idea sobre la mujer en aquella sociedad sería que no es sino una desgracia y que por eso su padre, para librarse de ella, no dudará en brindar al posible esposo una dote interesante.

Y llegados a este punto, reflexionemos: ¿y que hacía la mujer en su vida? ¿En qué se ocupaba? Recurramos a la iconografía que se nos ha transmitido en el arte griego antiguo (cerámica, representaciones escultóricas, estelas funerarias, etc.

Usualmente en estas imágenes se pueden apreciar dos tipos de actividades:

De un lado, las propias del hogar: podemos ver en ellas a una mujer que está enseñando a cocinar a una niña (usando un cacharro de barro sobre un trípode), amamantando a un hijo, educando a un hijo, niñas que tienen muñecas (incluso en una estela funeraria), actividades de hilar y tejer, así como de cocina y actividades relacionadas, como traer agua de una fuente o moler cereales para fabricar pan o tortas.

Otras actividades se salen de lo más cotidiano, del día a día, y encontramos a las mujeres en escenas de duelo en un funeral (hasta las niñas se lamentan, en tanto que los hombres solo saludan); actividades relacionadas con su boda (baño ritual, procesión ritual, etc.). Incluso en el momento del reciente nacimiento un padre está legitimando a su hijo (al que podía o no aceptar). Vemos también mujeres que participan en rituales funerarios (ofrendas en tumbas) o religiosos, como es el caso de una que está agradeciendo a la diosa Ártemis el nacimiento feliz de un hijo.

La mujer en Atenas

Situándonos en concreto en la Atenas clásica la mujer, como en general en Grecia, estaba colocada bajo la tutela de un hombre a lo largo de toda su vida. Se trataba primero de su padre y luego de su esposo, que se ocupaban de administrar sus bienes en su nombre.

En lo que podríamos llamar derechos políticos debemos indicar que la mujer no tenía ninguno. No podía votar en la Eklesía. No podía asistir a sus reuniones. No tenía voz ni voto en cuestiones de esta naturaleza. Tampoco tenía acceso a la otra actividad más destacada para los hombres: la participación en la guerra.

La mujer ateniense tampoco podía ocupar cargos políticos o administrativos, ni pronunciar discursos públicos. Su voz no existía en el ámbito ciudadano. No participaba en los diversos Consejos que existían. En este sentido, Menandro nos dejó escrito que la ocupación de las mujeres eran los telares, no las asambleas (*Monósticos*, 363) y que a la hora de hacer deliberaciones no se debía admitir a las mujeres (*Monósticos*, 486).

En lo que hace referencia al Derecho de Familia, en todo lo que se refería al matrimonio, la opinión de la mujer no contaba. Tampoco contaba la opinión de su madre. Este se concertaba a través de un acuerdo entre el padre y el futuro esposo, de modo que eso que conocemos como amor contaba poco. De hecho, cuando el matrimonio tenía un número suficiente de hijos no era extraño que cesaran las relaciones sexuales y que el esposo estuviera en contacto con alguna esclava o concubina. Lo suyo de la mujer griega era dar hijos a su esposo y ocuparse de las actividades propias de la casa. Menandro, en este sentido, dice que es propio de la mujer excelente guardar la casa (*Monósticos*, 140).

Con su hija, cuando esta se casaba, el padre entregaba al novio una dote cuya cuantía variaba según la capacidad económica de la familia. Era difícil que

una mujer sin dote tuviera acceso al matrimonio. En Atenas existía el divorcio. Caso de producirse el esposo debía devolver la dote al padre de la mujer (o a su heredero, si este había fallecido). Esta cuestión de necesidad de devolver la dote era una dificultad de hecho para los divorcios.

Si el divorcio lo solicitaba la esposa necesitaba que algún hombre la representara, ya que ella no tenía capacidad. En todo caso, todo sugiere que si el esposo se oponía al divorcio era muy difícil conseguir que el arconte accediera a otorgarlo.

Acerca del adulterio, estaba consentido en el hombre. No así en la mujer ya que incluso estaba admitido que el esposo engañado pudiera matar a los adúlteros sin ser penado por ello. En los textos de autores como Demóstenes o Lisias encontramos noticias en ese sentido.

En relación con los derechos de tipo económico, la mujer ateniense no tenía capacidad de obrar, de modo que precisaba contar con un hombre que la representaba a lo largo de toda su vida, ya fuera su padre, su hermano, su esposo... No podía hacer contratos por sí misma, ni casarse por su cuenta. No podía tampoco actuar judicialmente. Como no iba a ser así si autores de prestigio como Eurípides nos han dejado escrito que no debes creer lo que dice una mujer, aunque sea verdad (*Hip.*, Fr., 671).

Acerca del Derecho de Sucesión estaba establecido que cuando un hombre moría quienes heredaban sus bienes eran sus hijos varones. De algún modo, la participación de la mujer ya se había materializado en su momento en la dote que se pagó por ella cuando se casó. Es decir, la hija no heredaba nada. Si no había hijos varones, la hija podía heredar (pasaba a ser una epiclera) y cuando se casara los hijos recibirían esos bienes, que les eran transmitidos a través de ella. Es de destacar que esos bienes, destinados a los nietos del difunto, no eran administrados por la mujer, sino por su esposo. No olvidemos que la mujer no tenía capacidad para administrar nada.

Llama la atención que la esposa del fallecido tampoco tenía ningún derecho sobre la herencia y que además tampoco podía ser epiclera.

En suma, centrándonos en las mujeres atenienses, podríamos afirmar que como decía Menandro el espacio de la mujer era la casa, dedicada a las actividades domésticas, y siendo conscientes todos de que el silencio es el mejor adorno para ella (*Monósticos*, 139).

Y para culminar este estudio tendríamos que aconsejar al varón, como lo hizo entonces este pensador, sosteniendo que: "O no te cases o, si te casas, se tú el amo," (*Monósticos*, 300).



Terracota chipriota (arte cicládico) que encarna a una diosa símbolo de la fecundidad. Llama la atención la modernidad de sus formas



Dama de Auxerre (Museo del Louvre), fechada hacia 650 a. C.



Koré de Eutídicos (Museo de la Acrópolis), fechada hacia 500 a. C.



Estela funeraria de la difunta Hegeso (Museo Nacional de Atenas). La mujer está sentada ante una sierva que le está presentando una caja con joyas.



Las Bodas Aldobrandinas, copia romana de un original griego de Etión (Biblioteca Vaticana). La Diosa de la Persuasión está hablando a la novia, cubierta con sus galas nupciales, mientras el novio, coronado como Dionisios, espera.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, Mercedes: "Presencia femenina en la travesía de Odiseo: estudio iconográfico". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, t. 12, (1999) pp. 87-105.
- BONAVIDES MATEOS, Enrique: "Artemisa/Diana o el enigma de los límites". *Acta poética* 17, primavera 1996, pp. 211-222.
- CALERO Y ALFARO: *Las hijas de Pandora: historia, tradición y simbología*. Málaga: Universidad de Málaga, 2005.
- CANTARELLA, Eva: *La calamidad ambigua. Condición e imagen de la mujer en la Antigüedad griega y romana*. Madrid: Ediciones Clásicas, 1991.
- CASCAJERO, Juan: "La descalificación de la mujer en la Paremiología griega. Los Monósticos de Menandro". *Paremia*, 11 (2002), pp. 31-38.
- CEPEDA, Jesús: "Transmisión hereditaria a través de la mujer en la Grecia clásica". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, t. 13 (2000), pp. 159-186.
- CID, Rosa: *Madres y maternidades. Construcciones culturales en la civilización Clásica*. Oviedo: Ediciones KRK, 2009.
- ESTEBAN SANTOS, Alicia: "Esposas en guerra: esposas del ciclo troyano". *Cuadernos de Filología Clásica*, 16 (2006), pp. 85-106.
- : "De princesas a esclavas en Troya". *Cuadernos de Filología Clásica*, 17 (2007), pp. 45-75.
- GARCIA GUAL, Carlos: *Introducción a la mitología griega*. Madrid: Alianza Editorial, 2006.
- NEGRILLO PEREZ, Gema: "Amazonas, del mito al hallazgo arqueológico". *Témpora, magazine de historia*, 2014.
- PICAZO, Marina: *Alguien se acordará de nosotras. Mujeres en la ciudad griega antigua*. Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2008.
- QUESADA SANZ, F.: *Mujeres, Amazonas, tumbas y armas: una aproximación transcultural. La arqueología funeraria desde una perspectiva de género*. Madrid: Universidad Autónoma, 2012.
- SANCHEZ ORTIZ DE LANDALUCE, Manuel: "El mito de Pandora en Hesíodo: un nuevo análisis interpretativo de un relato esperanzador". *Minerva Revista de Filología Clásica*, 12 (1998), pp. 41-52.
- SANCHEZ SANZ, Arturo: "Aproximación al mito amazónico en la iconografía griega arcaica y clásica". *Revista Electrónica Historias del Orbis Terrarum*, número 12 (2014).